

El traductor, ¿heterónimo de otros o de sí mismo?

Melva Márquez

Universidad de los Andes



Melva Márquez
de la Universidad
de Los Andes
en su conferencia

El traductor, ¿un heterónimo
de sí mismo o de otros?

Seja como for, a origem mental dos meus heterónimos está na minha tendência orgânica e constante para a despersonalização e para a simulação.

Estes fenómenos — felizmente para mim e para os outros — mentalizaram-se em mim; quero dizer, não se manifestam na minha vida prática, exterior e de contacto com outros; fazem explosão para dentro e vivo

— os eu a sós comigo

Fernando Pessoa (Carta a Adolfo Casais Monteiro, 1935)

Introducción, ¿introducción?

Empezaré por una verdad de Perogrullo: el traductor ¹ es en esencia un ser humano, un ser humano que responde a un contexto social y que se circunscribe a su momento histórico. Parece mentira, pero muchas veces se nos olvida. Luego, entre las utopías y el deber ser, hemos llegado a imaginarnos al traductor como una especie de gladiador de textos, un ser alado y armado con diccionarios que hoy día, además, vive rodeado de aparatos electrónicos, páginas web y cables. No pocas veces se nos olvida que somos seres humanos y que, si hacemos un pequeño ejercicio de imaginación, una vez leída la carta en la que Fernando Pessoa le explica a Adolfo Casais Monteiro la razón de sus personajes, de sus heterónimos, nos podemos dar cuenta de que el traductor en cierta medida puede ser objeto y sujeto de sí mismo, construir el saber y apoderarse de él de manera tal que puede actuar éticamente reconociendo a los personajes con los que convive para desplegarse en esa suerte de desdoblamiento discursivo que muchos llamamos traducción.

1 Para estos efectos, emplearé la forma no marcada y, por tanto, más empleada del género gramatical: el masculino. Ello no implica la comprensión sobre el uso discursivo que para las profesiones y oficios tiene el sexo biológico del género. Tampoco implica el no reconocimiento a que la profesión de traductor es ejercida por la mujer con gran fuerza y presencia.

No es mi intención aquí hacer una crítica sobre las transformaciones que el ejercicio de la traducción ha inspirado en la teoría y viceversa. En apenas 60 años hemos visto el enorme esfuerzo por sistematizar y anclar la traducción en distintas corrientes teóricas, escuelas de pensamientos y tendencias académicas; unas provenientes de otras disciplinas; otras de su propia cosecha. Esta brevedad en la historia disciplinar de la traductología, lo comenta Moya (2007), puede deberse “al carácter secundario que las diferentes culturas le han asignado al fenómeno de la traducción, reservando así el calificativo de primario solo para el original” (p. 10). A pesar de ese papel “secundario”, Moya advierte más adelante que “cuando uno traduce, en el fondo está creando su propia teoría de la traducción” (p. 10). Cada encargo de traducción genera una estrategia distinta por parte del traductor, así tenga a su alcance un abanico de programas informáticos y un listado de amigos expertos en el área que pueden aclarar dudas. Cada encargo supone en el traductor la tensión dirigida hacia diferentes blancos: el autor, el texto, el formato del texto, su contexto, el cliente y el lector potencial. Faltaría aquí un blanco tensional: él mismo; como lector, como productor, como coautor. No sentir tal tensión y no diseñar un mapa de rutas por donde transitar supone la inercia cognitiva, la rutina que machaca la creatividad y, en último caso, el sometimiento del traductor mismo a ser un objeto del texto-sujeto, por lo cual deja de ser sujeto libre que decide y determina para convertirse en objeto dominado por el texto incapaz de apenas hacerse visible en su labor o, como lo expresa Venuti en su crítica a la invisibilidad del traductor: “una inaudita autoaniquilación” (2008, p. 7).

Esta “autoaniquilación” adquiere visos de tragedia cuando el traductor se cosifica. Wolochwianski (2008), en su reflexión sobre la cosificación del ser humano-traductor frente a la avalancha de nuevos programas informáticos y nuevas tecnologías que le rodean, nos dice, no sin razón, que “podremos admitir que la traducción como objeto terminado no solo circula y se vende como una mercancía, sino que también se la produce bajo la lógica de la mercancía dentro de un marco de relaciones de producción industrializadas” (párr. 5). Esta es una realidad que nos atañe, que se desvela ante nosotros y que nos empuja a pensar y a actuar en función de ella, a planificar los cursos universitarios para cumplir con ella y a supeditar nuestro concurso laboral en función de su existencia y dominio. Hablar o escribir sobre la ética del ser traductor y su profesión no puede de ningún modo ser equivalente hoy día a la resignada incorporación del ser humano a la cadena industrial de la producción intelectual. La traducción y, con ella, sus constructores, van más allá de una simple cadena de producción guiada por esa correa transportadora que apila y pega hojas para satisfacer mercados sedientos



Sara Pacheco, profesora integrante de ProEventos, manifiesta sus inquietudes sobre la interrogante propuesta por Melva Márquez, *El traductor, ¿un heterónimo de sí mismo o de otros?*

de información rápida guiados por una espiral sin fin que se acelera al ritmo de lo que llaman sociedad postindustrial, sociedad de la información y el consumo o sociedad del conocimiento (Plata, 2004; Alcaraz, 2007).

Es, entonces, en este eterno construir con la conciencia y tensión que le son propias, que se ubica este texto, suerte de ensayo que no por finito deja de exigir la continua reflexión de quien lo escribe y lo lee. No es labor propia de otros el pensar. También nosotros estamos llamados y obligados a hacerlo. Se trata de nuestra vocación —más que profesión—, se trata de nuestra propia ontología traductora y nuestro autoconocimiento dentro de los límites regionales, económicos, sociales y políticos que experimentamos. Se trata, pues, de la ética en el pensar y actuar conformes a nuestros tiempos o, como lo sostiene Díaz (2010) a propósito de los procedimientos de exclusión que Foucault nombra en el *Orden del Discurso* (1971/1992):

Hay condiciones de posibilidad que preceden al encuentro del hombre con la verdad. Cada época, cada cultura, cada episteme tiene las suyas. Ellas son como el límite que marca cuáles enunciados pueden ser considerados en un régimen de verdad, incluso ni para computarlos como falsos. Estas condiciones dibujan el horizonte de aparición de verdades y, aún, de falsedades (p. 79).

Que no limiten el nos-pensar-nos elementos distractores tales como la asfixia del tráfico, la especulación, las colas o la angustia por tiempos que no llegan aún. Siempre factores externos y materiales los hubo conspirando contra todo proceder, contra toda ética. Hoy día, ¡cómo negarlo!, son más agresivos, más lacerantes, a pesar de la modernidad... o justamente por la modernidad. No son pocas las veces que recreamos y construimos otros mundos a partir de experiencias propias y ajenas, de fantasías y creencias. Ello nos aísla y nos lleva a sentir en más de una ocasión que estamos en un punto de no retorno y que, en virtud de ello, nos impide contemplar el esplendor que mana nuestra propia vocación, nuestro propio oficio. Repito, nuestro oficio de traductores.

Fijémonos por un momento en la última frase: oficio de traductor. He tenido últimamente la sospecha de que ya no se habla de oficio en traducción, sino de profesión, como si las palabras decretaran las realidades por el hecho mismo de sus cambios, que les son naturales. Observo una especie de separación semántica que curiosamente conspira contra la naturaleza de las entidades que se comparan sin que ellas se contradigan entre sí, tal como los diccionarios las

reflejan. En los discursos que sujetan la palabra oficio, la traducción se despoja de su esencia y se recrea en lo histórico o, en términos de Moya (2007), “se funde con la noche de los tiempos” (p. 10). En los discursos que sujetan la palabra profesión, por otra parte, se recrean el paso por la academia, los avances tecnológicos, las tarifas reguladas y la congregación de voluntades para colegiarse y lograr, mediante su colectivización, el reconocimiento social que la aparente humildad del oficio no puede lograr. En su prefacio a la traducción de Bernard Pautrat, traductor de Baruch de Spinoza, el traductor J. Dávila (Pautrat, 2004) nos invita a pensar en el oficio del traductor entendiendo “la palabra oficio más bien un poco en el sentido etimológico, como compromiso sagrado o de consagración —como en el viejo latín se invocaban los santos oficios; entendido por supuesto, en este caso, como compromiso con el hondo pensar y decir del creador de la obra traducida” (pp. 22-23). He de aclarar, pues, que de ahora en adelante, emplearé profesión para referirme al oficio-desempeño y a oficio para referirme a oficio-vocación.

En tanto oficiantes o profesionistas, hemos sido también lectores, actores, sujetos y, por tanto, estudiantes. Entre otras, hemos seguido metodologías de enseñanza-aprendizaje de traducción harto conocidas, según algunas de las cuales una misma estrategia podía llegar a explicar diferentes desafíos en traducción, como si cada texto no fuese en sí mismo un desafío, como si los formatos y las disciplinas que los moldean no fuesen también desafíos. Dentro de este cinturón se anquilosan las teorías tomadas como únicas verdades, a sabiendas de que la verdad es un constructo utópico que nos sirve para movernos en una especie de correa transportadora cambiante. Sin embargo, la variedad de propuestas teóricas le imprime un mayor dinamismo a la disciplina, por lo que la ética debe estar necesariamente presente. Hemos visto corrientes con sabor y origen lingüísticos, sociolingüísticos, funcionales, semióticos, discursivos, literarios, culturales, ideológicos y, por si no fueran suficientes, filosóficos ². En este punto es necesario aclarar que el objetivo de este texto no es tratar cada una de las corrientes traductológicas en relación con la ética (cf. Arrojo, 2005); más bien busca desvestirse de ellas porque el traductor y la ética no son, a mi limitado modo de ver, dependientes de corrientes teóricas; son, muy probablemente, pivotes de la historia y el

2 Para obtener una mejor panorámica y una percepción más integral de las diferentes corrientes teóricas que son afluentes de la traducción, se puede consultar Baker y Saldanha (2009), Gentzler (2001), Hatim (2001), Hurtado (2001), Moya (2007), Munday (2001), Pym (2010) y Snell-Hornby (1999), entre otros.



De izq. a der., Leonardo Laverde, Sara Pacheco, Edgardo Malaver y Melva Márquez comparten durante la bienvenida a la X Semana del Traductor

tiempo. Esto implica que si bien nosotros y nuestra ontología son producto de los tiempos que nos rodean, podemos tener la libertad suficiente para zafarnos de nuestras propias limitantes y vernos desde afuera, desde el otro, y reconocernos.

La ética del traductor constituye la piedra angular en la comprensión de nuestro oficio a lo largo de la historia; nos permite ubicar y analizar tanto nuestras debilidades como nuestras fortalezas y su mera discusión nos permite comprender la invisibilización de nuestra profesión, a pesar de su tradición histórica y de la tecnología que está a nuestro alcance hoy día. Así, ya no nos vemos solo como “mediadores”, sino como protagonistas, partícipes de los cambios y progresos de los diferentes conocimientos humanos.

Bien, intentaré juntar la experiencia como traductora con la ética de la que muchos nos hablan pero que a pocos nos llegan. También intentaré trazar algunas pinceladas sobre el ser sujeto-objeto y el poder como consecuencia del saber según la postura de Foucault (1971/1992, 1994) e interpretaciones que otros hacen a partir de sus propuestas (Lechuga, 2007; Díaz, 2010).

De la razón ética y de la moral

La ética es una de las nociones y ramas de la filosofía más estudiadas. Desde los aportes significativos de los personajes griegos —Aristóteles, Platón, Sócrates— y escuelas de filosofía griegas tales como los cínicos, los estoicos, los cirenaicos, pasando luego por la influencia del cristianismo en el moldeamiento del concepto y los aportes de R. Descartes, B. de Spinoza y T. Hobbes en el siglo XVII, hasta llegar a los cambios conceptuales que se generaron con los trabajos de I. Kant y F. Nietzsche, por solo nombrar los autores más influyentes, nos damos cuenta de la riqueza de su historia. Ha incursionado, desde luego, en todos los órdenes, entre ellos en lo social, en la noción de libertad y en las relaciones de poder, por solo nombrar algunos. A pesar de la conciencia sobre su riqueza histórica y documental, las limitaciones propias de este trabajo nos empujan a tan solo delinear el contexto en el cual intentamos ubicar el hecho ético de la traducción, en tanto profesión y oficio.

El diccionario crítico etimológico castellano e hispánico (Coromines y Pascual, 1984) circunscribe el término ética (del griego êthos) a tres sentidos: ‘moral, relativo al carácter’, ‘manera de ser’ y ‘descripción del carácter’. En el *Diccionario de filosofía* (Ferrater Mora, 1965), el autor separa históricamente las dos grandes tendencias del uso terminológico, a saber,

como adjetivo (lo ético) y como sustantivo (la ética) y advierte que “en la evolución... posterior del sentido del vocablo, lo ético se ha identificado cada vez más con lo moral, y la ética ha llegado a significar propiamente la ciencia que se ocupa de los objetos morales en todas sus formas, la filosofía moral” (p. 595).

Para efectos de este trabajo, solo considero el segundo sentido de Coromines y Pascual (1984). Este sentido de la razón de ser versus lo moral fue trabajado por B. de Spinoza (s. XVII), para quien la moral, en tanto producto de la costumbre que es, determina su significado, mientras que la ética es consecuencia directa de la razón. En el mismo sentido, la moral es socialmente deslizable en contraposición con la ética, que choca cuando el objeto ético va en contra de la esencia de la persona. De la moral surgieron los sistemas de referencia que para los propósitos que en este ensayo asomo, determinan el quehacer del traductor y están más orientados hacia el ejercicio de la profesión.

La ética en y desde la traducción

En la traducción no han sido pocos quienes han trabajado directa o indirectamente elementos éticos. Sin embargo, para los propósitos de este texto, solo consideraré los aportes de Payàs (1997), Berman (1984), Venuti (2008) y Arrojo (2005), puesto que conceptualmente se acercan más al terreno que deseo reivindicar de parte del traductor: el de su ser en tanto sujeto que toma decisiones en razón de su libertad y su razón ética, en consonancia con los análisis sobre la relación del sujeto sobre las cosas, sobre los otros y de sí consigo, de M. Foucault (1971/1992, 1994).

En su ensayo sobre la ética, Payàs (1997) enumera algunas de las interrogantes que normalmente nos hacemos muchos traductores sobre nuestra razón de ser, nuestros objetivos, y sobre las diversas miradas que otros nos hacen. Tomando como base para su reflexión algunas obras sobre la ética, del español F. Savater (1995a, 1995b), Payàs separa la ética como moral que juzga según un índice de valores el resultado del trabajo del traductor; es decir, no aborda la ética de “listas de normas y preceptos, prejuicios y pautas de conducta, que tiene toda profesión” (p. 3). Por el contrario, deja al desnudo el traductor y lo contrapone a la visión convencional de que “no es el autor ni es el lector, pero trabaja para ambos, con la condición de que no traicione al autor y que no resulte sospechoso al lector. Esclavo de dos



Nutrido grupo de profesores durante las V Jornadas de Investigación de la Escuela de Idiomas Modernos

amos, no tiene voluntad propia; es el humilde servidor que transmite lo ajeno a extraños” (p. 3). Escudriña en el lado de la conciencia ontológica del traductor en los siguientes términos:

El traductor es un agente de la lengua propia, activo y comprometido con su lengua y su cultura, dotado de voluntad y de libertad, que actúa saliendo, partiendo, como quien camina, de su territorio (sí mismo, su lengua y su cultura) para ir hacia otro territorio (al encuentro del Otro, su lengua y su cultura). Y este encuentro ético se da no en territorio de su lengua propia (que sería la mala traducción, por etnocéntrica, porque elimina al Otro) ni en el territorio del Otro (que sería la mala traducción, por extranjerizante, porque lo elimina a él, su lengua y su cultura) sino en una frontera que él mismo pinta (p. 4).

Vista así, la ética empuja una solución primordialmente fronteriza en la traducción. La dicotomía domesticación versus extranjerización que propone A. Berman (1984) está presente en la definición de Payàs sobre el traductor, ya no como mediador sino como sujeto ético que toma decisiones para dar sentido histórico a su labor. En este respecto, se emplean los términos sujeto, toma de decisiones y conciencia de sí, que Payàs toma de Savater, y que a la luz de los trabajos de Foucault, previos a los de Savater, nos llevan a pensar en una conexión, si no directa, sí existente.

A. Berman (1984/2005) habla de un encuentro de mundos en la traducción; un encuentro, además, que puede tener la balanza más inclinada hacia lo extranjero (la cultura extranjera y con ella el lenguaje que la delinea) o hacia lo propio, lo doméstico (la cultura propia y con ella el lenguaje que le es inherente). En otras palabras, esta doble vertiente que propone Berman,

instaura una relación desde lo Propio hacia lo Extranjero, en el sentido en que intenta mostrarnos la obra extranjera en su extrañeza pura... [pero también] consiste en una experiencia para el mismo extranjero, dado que desarraiga la obra extranjera de su propio suelo-de-lengua. Y esta experiencia, que a menudo significa un exilio para la obra, puede también manifestar el poder más singular del acto de traducir: revelar lo más original de la sustancia de la obra extranjera, lo más profundo, así como lo más “distante” (p. 4).

Se trata de un asunto ético en el que el traductor debe tomar decisiones que permitan acercar o alejar los contenidos del texto original con respecto a su traducción. Para sustentar su posición, Berman toma de Foucault (1969, citado por Berman, 1984/2005) su propuesta sobre la existencia de dos tipos de traducción: la primera según la cual se deja lo que ha de ser dejado, y la segunda, en la que una lengua es lanzada “en contra de la otra [...] tomando el texto original como un proyectil y el texto de llegada como un blanco” (p. 5). Para Berman, esta tipología se corresponde con las distancias existentes entre la traducción literaria y la traducción no literaria o, como la llaman en la corriente interpretativa de la traducción, traducción de “textos pragmáticos” (Delisle y Bastin, 1980/1997). Por ello, ubica la ética sobre el acto traductivo como ejercicio y proceso propios del traductor. En otras palabras, toca al traductor y su postura en función del producto que genera y, a partir de ello, propone una analítica de la traducción en la que presenta a la vez un sistema de deformaciones y “una serie de tendencias, de fuerzas que hacen que la traducción se desvíe de su orientación pura” (Berman, 1984/2005, p. 6).

La postura de Berman en torno a la ética del proceso traductivo y, por consiguiente, del traductor mismo, influye sobre la noción de invisibilidad del traductor que propone L. Venuti (2008): “Se refiere a por lo menos dos fenómenos. El primero tiene que ver con un efecto ilusionista del discurso, de la manipulación que el traductor hace sobre la lengua meta... [mientras que] el segundo tiene que ver con la práctica de leer y evaluar traducciones que ha subsistido en el Reino Unido y en EE.UU...” (p. 1)³. Por ello, Venuti dedica un gran esfuerzo a denunciar a editores y editoriales que compelen a traductores para producir textos fluidos, transparentes, sin vestigios extranjerizantes y que generen en el lector la sensación de estar leyendo el original. Esta situación atenta contra la dignidad del traductor y su trabajo, porque ve en la traducción “una representación de segundo nivel: solo el texto extranjero puede ser el original, una copia auténtica y fidedigna de la personalidad o intención del autor, mientras que la traducción es un derivado, una falsificación y una copia potencialmente falsa” (p. 6). La marginación de la cual el traductor es su principal víctima hace que para los efectos de derechos de autor y propiedad intelectual, el reconocimiento del traductor sea una de las tareas

3 Para agilizar la lectura del texto, me he tomado la libertad de traducir las citas de textos originalmente escritos en inglés. Los errores que pudieran surgir en razón de ello son solo míos.



Eva Zeuch, jefa del Departamento de Inglés, evalúa el resultado del taller sobre las líneas de investigación en la EIM

pendientes por cumplir. En su trabajo, Venuti emplea el método genealógico⁴ que utilizaron Nietzsche y Foucault. Dado que su objetivo es “combatir la invisibilidad del traductor con la historia de —y en oposición a— la traducción contemporánea del idioma inglés” (p. 32), y por cuanto dicha invisibilidad obedece esencialmente a una agenda política, emplea dicho método. Justifica su análisis en la disparidad propia que la historia presenta y que por las vías de la teleología y la objetividad es imposible abordar. Al respecto, blinda su orientación metodológica con la de Foucault para quien, según Venuti,

el análisis genealógico es único porque afirma la naturaleza interesada de su representación histórica y asume posturas con respecto de las luchas políticas. Al ubicar lo que ha sido dominado o excluido en el pasado y reprimido por la historiografía ortodoxa, este tipo de análisis no solo supone un reto a las condiciones culturales y sociales que le rodean, sino que propone diferentes condiciones que han de ser establecidas de cara al futuro (p. 33).

Vamos viendo, entonces, que nuevas visiones sobre el quehacer del traductor pasan por el cedazo de la historia. Y es que casi nada de cuanto acontece en el presente de nuestra profesión se origina en la nada. Los textos son un ejemplo de ello. Los significados⁵, dice Venuti sobre J. Derrida (1982, citado por Venuti, 2008), “son un efecto de las relaciones y diferencias entre significantes a lo largo de una cadena potencialmente infinita (polisistémica, intertextual, sujeta a conexiones infinitas); son siempre diferenciales y diferidos, nunca presentes bajo la forma de una unidad original” (p. 13). A pesar de ser esta una visión propia de los nuevos tiempos que nos acompañan (movimientos posmodernistas y postestructuralistas), no deja de ser un vestido muy parecido pero con otro color de la intertextualidad, vista como condición, criterio y característica de los textos, sean o no literarios (Beaugrande y Dressler, 1997), o del principio de relevancia (Sperber y Wilson, 1986/1994). Llamada deconstruccionismo desde la década de los años 60 (Derrida, 1982, 1985), esta corriente

4 Lechuga (2007) lo define así: “Forma de investigación histórica que se opone a la unidad del relato histórico y a la investigación originaria, y que da cuenta de saberes, discursos, objetos... no persigue restablecer la continuidad histórica sino, por el contrario, restituir los elementos en su singularidad” (p. 202).

5 El uso plural del término es propio.

aboga por la no existencia de la supremacía de un significado fijo sobre la palabra y “ubica en un primer plano o ‘deconstruye’ la manera en que un texto socava sus propios enunciados y revela sus contradicciones internas” (Munday, 2001, 171).

¿Tiene alguna relación este movimiento con la razón ética del traductor? Sí. Aunque queda como tarea pendiente profundizar en torno a esta relación, el hecho mismo de reconocer la inestabilidad en los significados presentes y omnipresentes, en que el texto original siempre es a su vez la sumatoria de otros textos convocados a construirlo y que, en razón de ello, el traductor puede reconocer las tendencias de fuerza y relaciones de poder, es ya un asunto ético. Presentes están en esa empresa las relaciones políticas que subyacen en el proceso deconstructivo y, con ellas, la práctica moral (Cf. Foucault, 1994).

Retomo brevemente la mención a los movimientos posmodernistas y postestructuralistas para comentar sobre un último trabajo que versa sobre la ética del traductor y dentro de los cuales su autora lo enmarca. Con un leve giro hacia el ámbito de la didáctica de la traducción, R. Arrojo (2005) hace un recorrido por la manera en que algunos enfoques teóricos tratan la traducción como profesión, la imagen que de ella muestran estas tendencias y las estrategias que proponen para que el estudiante de traducción se encuentre con su ser ético. Al estudiar a Baker (1992), Kussmaul (1995) y Hatim y Mason (1997), Arrojo (2005) profundiza en el esencialismo que “ha dominado nuestra concepción de lengua y texto, y nuestras ideas sobre la traducción en por lo menos los últimos veinte siglos” (p. 225). El término esencialismo es definido por Arrojo como la visión del mundo según la cual los significados son estables en el tiempo y que justamente por tal estabilidad, la lengua y el texto trascienden historia, ideologías y psicología. Este término, como se ve, entra en clara contradicción con los conceptos que he venido trayendo en pos de reconocer la existencia de un nuevo traductor ético capaz de desdoblarse a sí mismo en diferentes personajes, en un intento de transferirle también la esencia del poder heterónimo, a la usanza de F. Pessoa.

La contradicción que observa Arrojo entre el *desideratum* que refleja el esencialismo y la realidad, se patenta en dos hechos, a saber, la resistencia aún presente a ver en la traducción una disciplina, y la asociación que se da entre la profesión, la frustración y los errores. Así, un buen traductor pasa desapercibido, por lo cual “se establece una ética profesional un tanto extraña: el traductor exitoso presumiblemente es aquel que le da al lector la ilusión de no



José Alejandro Martínez en su taller Origen e historia del español, conocimiento básico para traductores e intérpretes facilitado en la Semana del Traductor 2012

haber interferido en el texto traducido. No es pues casualidad el dicho ese de que la profesión atrae a personas con egos débiles” (p. 227).

Una vez pasada revista a los diferentes enfoques, Arrojo asegura que ya se están dando los primeros pasos hacia el reconocimiento de la estrecha relación existente entre significado y cultura, y por tanto, entre significado e ideología, significado e interés y significado y perspectiva (p. 238). Sin embargo, este reconocimiento apenas si se detecta debido a que aún persisten en la creencia del papel ideal del traductor: “el de ser mediador invisible que sirve por igual al texto origen, al texto meta, a las lenguas en contacto y a las culturas en ellas representadas” (p. 239). Arrojo aboga por el papel central que tiene la cadena significado-traductor-contexto-situación y la inestabilidad por la cual todos estos “componentes” pasan a lo largo del tiempo (Derrida, 1982; Foucault, 1994; Venuti, 2008). Por ello, sostiene que “debemos revisar todas las nociones tradicionales en torno al oficio del traductor” (p. 239) y, en pos de ello, propone una metodología de enseñanza de la traducción orientada a hacer que los estudiantes, por ejemplo, piensen y reflexionen en torno a que sus decisiones le conceden necesariamente a su propia visibilidad.

Es muy probable que estemos cerca de presenciar un vuelco en la manera en que nosotros, traductores, nos vemos, definimos y entendemos. Baker y Maier (2011) expresan que hoy día “los traductores profesionales e intérpretes han empezado a mostrar interés en temas éticos derivados por su postura y situación en un ambiente moral cada vez más desafiante” (p. 1). También, porque se han dado cuenta de su importancia para los movimientos de derechos humanos. Más allá del texto, existimos y reivindicamos nuestro rol como protagonistas visibles del escenario donde entran en pugna relaciones de poder y, por tanto, de fuerza. Aquí destaca de modo particular la presencia de Foucault, por razón de sus observaciones o por razón de su método de trabajo, y su influencia sobre traductores y teóricos que forman parte de la amalgama contemporánea de corrientes teóricas de la traducción. El traductor, en tanto sujeto, es protagonista de su propia tarea y responsable por sus decisiones de acercar o no el texto original, de reconocer-se o reconocer al otro y de no formar parte del silencio histórico que le ha negado su protagonismo y su compromiso con la sociedad; una clara demostración del poder en las relaciones de dominación de las cuales el traductor ha sido objeto no autónomo y sin gran trascendencia.

El traductor, ¿sujeto-objeto?

En la Introducción de este trabajo comenté que intentaría poner en una balanza mi experiencia como traductora y algunos textos que hablan de la ética del traductor. A lo largo de los veintitantos años que llevo ejerciendo la cadena de roles de lectora-traductora-docente-lingüista me he topado con muchas vivencias: desde saberme relegada por razón de mi oficio con la manida expresión “eso lo puedo hacer yo pero no tengo tiempo”, hasta tener la satisfacción de ver mi nombre en el texto traducido y ser aceptada con algunas propuestas neológicas para llenar vacíos denominativos en el texto meta, casi siempre de naturaleza especializada. Reconozco que no ha sido fácil el camino porque sé que no lo he vivido sola. En este respecto, me atrevo a afirmar que si bien no nos comunicamos como debiéramos (más allá de los encuentros y de los foros de discusión en línea), podemos convenir en que se nos hace sumamente difícil lograr la sinergia teoría-práctica; quizás porque han sido postulados creados desde contextos distintos a los nuestros, los más eurocéntricos y de tendencia positivista. Varias pudieran ser las razones que explican esta dificultad:

- No respiramos en las mismas culturas aunque, por ejemplo, en el mundo hispanohablante coincidamos en muchos aspectos;
- vivimos procesos sociales, políticos, económicos y académicos muy diferentes, no unos mejores que otros, sino diferentes;
- la percepción social que se tiene sobre la profesión u oficio de la traducción es disímil; va determinada en sumo grado por la sociedad que la sostiene. Esto implica que, por ejemplo, cuanto más singular sea, es decir, más alejada de los parámetros que con rapidez se cuelan por efectos de la uniformidad en los pensamientos, acciones y decisiones, la percepción social sobre el traductor y su trabajo será también más singular;
- los procesos de formación del traductor son también diferentes. En unos contextos el traductor es el profesional que realiza estudios de traducción para acercarse a un trabajo sistemático desde su propio ámbito. En otros contextos, el traductor se forma en aulas universitarias dentro de programas de lengua y literatura, principalmente. En otros, el traductor se construye a sí mismo ya porque es bilingüe (sin que ello sea una condición única) o porque la vida misma lo va formando;



Taller de Localización: traducción de videojuegos
facilitado por Juan Pablo Sans, cen., profesor EIM

- los textos son desafíos únicos e irrepetibles. Así estén enmarcados dentro de un mismo ámbito, el traductor desde su responsabilidad debe iniciar el santo oficio de ‘transpensar’, en palabras de José Martí (Martí, 1965 citado por Arencibia, 1998). Ello implica, tal como lo acotamos al principio del presente trabajo, que el traductor crea una teoría *ad hoc* de traducción en cada texto que se le presenta.

Entonces, la adopción de postulados teóricos ajenos puede llegar a convertirse, en muchas ocasiones, en una verdadera pesadilla. A modo de ejemplo tenemos las estrategias propuestas desde la estilística comparada de Vinay y Darbelnet (1958/1977). Siempre he tenido la presunción de que su uso pedagógico genera ansiedad en los estudiantes porque no encajan en la vida real. Tales estrategias (préstamo, calco, traducción literal, transposición, modulación, equivalencia, adaptación) son, a mi modo de ver, meras estrategias *post-mortem*. ¿Qué significa ello? Que salvo la de la adaptación en algunas situaciones, todas las demás se observan —si es que ello se logra— después de que se traduce, esto es, no se piensa en ellas antes de traducir. A pesar de la teoría, de las actividades didácticas y de nuestras ganas por adoptar en la práctica la teoría aprendida, no he tenido la satisfacción de haber resuelto un problema X en el texto porque haya adoptado una estrategia determinada; más bien, una vez que logro resolver tal problema, pudiera ver el reflejo de la estrategia que le subyace. Por si fuera poco, no todas las estrategias lo son en realidad; tal es el caso del préstamo. No es trivial esta situación porque constriñe el poder decisorio del traductor. Si, en consonancia con Martí, transpienso y si, además, ejerzo la libertad de establecer una relación de dominio sobre las cosas en razón de mi dignidad (Foucault, 1994), entonces sostengo que he de ser yo misma quien tome las decisiones, y no en razón de mi obediencia al instrumento (teoría) ni al objeto (texto).

Haber hallado a Foucault por la inquietud que me produce el constante desarticulamiento que he vivido en mis diferentes roles asociados a la traducción ha sido un alivio. Los métodos de aproximación con el texto cuando traducimos, él desde sus análisis, nosotros desde nuestra necesidad de llevar al lector aquello que le es ajeno por razón de su alejamiento interlingüístico, son bastante parecidos. Estoy consciente de que esta afirmación es un juicio de valor y no de hecho y, en razón de ello, asumo mi responsabilidad.

Un libro es siempre un mapa de ruta. Así lo vemos los traductores, así lo percibió siempre Foucault. Nosotros somos sujeto-objeto de una época histórica, somos seres sociales. Foucault enfocó su estudio en la historia social del pensamiento cotidiano expresado en sus investigaciones y textos sobre la locura, la criminalidad, la sexualidad, la enfermedad, el encierro, la visión panóptica ⁶ y la ontología del poder, entre otros aspectos de la vida humana diacrónica y tangencialmente estudiada.

Las relaciones de poder bajan de la tarima política donde el pensamiento occidental las encumbra para manejarse entre las personas. Ya poder no es sinónimo solamente de normas de conducta, del mando, de aspectos legales y jurídicos.

Para Foucault, el poder es un conjunto de relaciones de fuerza, y, hasta cierto punto, es una relación de guerra, por lo tanto los esquemas que se deben utilizar para su análisis no deben tomarse de la psicología o la sociología, sino de juegos estratégicos (Lechuga, 2007, p. 116).

En este respecto, el poder adquiere formas dignas de mencionar aquí. El poder se ejerce de manera opresiva (negativa) o de manera estratégica (positiva). El lado positivo interesa aquí porque es el que normalmente ejercemos cuando estamos delante del texto y, por extensión, delante del autor y del lector potencial. Argumenta Lechuga (2007) que

el poder positivo de Foucault es una **relación estratégica**⁷ ejercida por las diferentes fuerzas sociales que atraviesan los cuerpos y lugares en los que el poder inventa sus posibilidades de ejercicio... el poder **se ejerce a través de relaciones** como las familiares, las sexuales, las vecinales, las laborales... el poder **tampoco se intercambia, no se da ni se retoma, no es algo que se adquiera, arrebatado o comparta**; el poder **se ejerce y solo existe en el momento de su ejercicio**... el poder **no es monolítico**... el poder nunca es enteramente controlado por alguien... el poder **tampoco debe entenderse como omnipresente**... el poder **circula**,

6 Término relacionado con el "principio general de una nueva "anatomía política", cuyo objetivo es la vigilancia constante de todos aquellos que se encuentran en prisiones, hospitales, fábricas y demás instituciones" (Lechuga, 2007, p. 204).

7 El resaltado es propio.



*Javier Carrillo orienta a los estudiantes de segundo año en la décima charla
Ya salí del Básico... ¿Y ahora qué?*

funciona en cadena, se ejerce en red y los individuos en una sociedad o grupo social siempre están en posibilidades de sufrirlo o de ejercerlo (pp. 119-120).

Tantas formas adquieren el poder y sus relaciones que el traductor y su trabajo por fuerza también se nutren de ello. Me doy cuenta de que a lo largo de la cadena autor-texto-lector-traductor se establecen juegos estratégicos de poder. Y cuanto más consciente sea el traductor de ello, más dominio sobre sí mismo podrá tener, dado que previamente ha adquirido conciencia de su ontología ética, o ser ético. Su existir no depende de una esencia que lo predetermina para que actúe mecánicamente y siempre de la misma manera; depende, eso sí, de la razón y de la libertad que la produce porque no se llega a la razón, en tanto instrumento de supervivencia, sin la libertad consciente que da el conocimiento de sí mismo.

Estamos vislumbrando, por tanto, una ética del traductor entendida como extensión de la ética en Foucault, la cual va más allá de una mera estética de la existencia. El traductor ético asume un componente moral que forma parte de ese dominio de fuerzas o relaciones de poder. Sin embargo, el que lo reconozca, no implica necesariamente que así suceda públicamente. Ya hemos visto que estamos no tan cerca del ser que es libremente responsable, máxime si trabaja para editoriales donde es sometido a una vigilancia panóptica y donde, al menor desvarío, puede recibir sanción o ser objeto de despido laboral. ¿Lo ven? Objeto, traductor-objeto.

Sin embargo, el que no estemos tan cerca no nos limita para proponer que nuevas formas de relaciones de poder en el ejercicio de la traducción han de ser probadas: decisiones que sean producto de la conciencia y no de la conveniencia de otros o al menos decisiones que provengan de consensos; encuentros con ese otro, que puede ser al mismo tiempo el traductor (lector-traductor-productor-coautor).

Entre la conclusión y los caminos que han de transitarse

La conclusión puede verse casi siempre como esa puerta que uno encuentra una vez que ha caminado, vadeado, gateado, recorrido en miradas y respirado ese sendero que inició. Utilizo esta metáfora porque siempre es bueno un vaso de agua fresca en los ojos. Luego, retomo la razón de este texto: caminar y proponer, encontrarse con nuevos espacios y, sobre

todo, retratarse en ellos. En el mero principio del texto utilicé la cita de F. Pessoa sobre sus heterónimos. Habla él de una tendencia orgánica que le hace despersonalizarse, es decir, desdoblarse en su personalidad para dar vida a otros personajes. Dada su confesión, ¿en qué se le parece al traductor?, ¿acaso el traductor no se desdobra para darle vida a sus otros personajes?, ¿cuántos personajes puede crear un traductor?, en tanto actor de sus propios personajes, ¿hasta dónde puede llegar un traductor con el texto?, ¿las decisiones que toma son por razón ética, por conveniencia o porque así lo rigen las normas?

Se pueden seguir generando preguntas en este cierre del texto a modo de acertijos que sugieren puertas entreabiertas a otras reflexiones. Las aproximaciones sobre el estudio de la ética en tanto ontología, de la ética desde la traducción y de la ética en tanto condición inherente del traductor-sujeto que toma decisiones y establece relaciones de poder consigo mismo, con otros y con el objeto de su trabajo han sido el propósito de este texto. Las puertas de la reflexión sobre nuestro quehacer y vivir traductores están prestas para abrirse y conducirnos en el necesario camino que hemos de transitar. De pronto, en la búsqueda hallamos frutos, y nuestro oficio llamado desde la vocación gana ese reconocimiento que la historia oficial de los sistemas del pensamiento y nuestros propios silencios le han negado.

Agradecimientos

Vaya mi agradecimiento al profesor José Luis Del Valle, por acercarme a Baruch de Spinoza, al profesor Jorge Dávila, por acercarme a Michel Foucault y al traductor Emmanuel Carvajal, por la lectura de este texto. Agradezco también al equipo de trabajo liderado por la profesora Luisa Teresa Arenas, de la Escuela de Idiomas Modernos de la Universidad Central de Venezuela, por permitirme entrar y ventilar mis inquietudes.

Referencias

Alcaraz, E. (2007). La sociedad del conocimiento, marco de las lenguas profesionales y académicas. En Alcaraz, E.; Mateo, J.; Yus, F. (eds.). *Las lenguas profesionales y académicas*. Barcelona (España): Ariel (Serie Lenguas Modernas).



Autoevaluación de los estudiantes intérpretes del simulacro en la X Semana del Traductor y del Intérprete, Lothar Hotter, segundo por la izq., da sus impresiones

- Arencibia, L. (1998). Un traductor llamado José Martí: una valoración necesaria. *Temas*, 15, 96-108. Recuperado de: <http://www.temas.cult.cu/revistas/15/11arencibia.pdf>.
- Arrojo, R. (2005). The ethics of translation in contemporary approaches to translator training. En Tennent, M. (ed.). *Training for the New Millennium, Pedagogies for Translation and Interpreting*. Amsterdam, Philadelphia: John Benjamins.
- Baker, M. (1992). *In Other Words: A Coursebook on Translation*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Baker, M. y Maier, C. (2011). Ethics in Interpreter & Translator Training, Critical Perspectives. *The Interpreter and Translator Trainer* 5 (1), 1-14. Recuperado de <https://www.stjerome.co.uk/tsa/abstract/12492/>.
- Baker, M. y Saldanha, G. (eds.). (2009). *Encyclopedia of Translation Studies*. (2da. ed.). Londres y Nueva York: Routledge.
- Berman, A. (1984). *L'épreuve de l'étranger*. Paris: Gallimard.
- Berman, A. (1984/2005). *La traducción como experiencia de lo/del extranjero*. (Traducido por Ángel, C. y Pulido, M.) Antioquia, Colombia: Reimpresos, duplicación de textos y documentos académicos de la Universidad de Antioquia. (Colección Hermes, Traductología: Teoría y Práctica, Cuadernos Pedagógicos No. 2).
- Coromines, J. y Pascual, J.A. (1984). *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* (Vols. 6). Madrid: Gredos (Biblioteca Románica Hispánica).
- De Beaugrande, R. y Dressler, W. (1972/1997). *Introducción a la lingüística del texto*. (Versión española: S. Bonilla). Barcelona: Ariel.
- Delisle, J. (1980/1997). *Iniciación a la traducción: enfoque interpretativo. Teoría y práctica*. (Adap. española por Bastin, G.). Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Derrida, J. (1982). Différance. (Traducido por Bass, A.) En *Margins of Philosophy*. Chicago: University of Chicago Press. pp. 3-27. Recuperado de <http://www.stanford.edu/class/history34q/readings/Derrida/Differance.html>.
- Derrida, J. (1985). *Des Tours de Babel* (Traducido por Graham, J.) En Graham, J. (ed.). *Difference in Translation*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- Díaz, E. (2010). *La filosofía de Michel Foucault* (2da ed.). Buenos Aires: Biblos. (Serie Filosofía).
- Ferrater M., J. (1965). *Diccionario de filosofía* (2da ed. Vols. 1-2). Buenos Aires: Sudamericana. Recuperado de: <http://elartedepreguntar.files.wordpress.com/2009/06/diccionario-filosofico-f-m.pdf>.

- Foucault, M. (1972/1992). *El orden del discurso*. (Traducido por González Troyano, A.). Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Foucault, M. (1994). *Dits et Ecrits 1954-1988*. (Defert, D. ; Ewald, F.; Lagrange, J., eds.). Paris: Gallimard.
- Gentzler, E. (2001). *Contemporary Translation Theories*. London: Routledge.
- Hatim, B. (2001). *Teaching and Researching Translation*. Essex, England: Pearson Education Limited. (Applied Linguistics in Action).
- Hatim, B. y Mason, I. (1997). *The Translator as Communicator*. London and New York: Routledge.
- Hurtado, A. (2001). *Traducción y Traductología. Introducción a la traductología*. Madrid: Cátedra.
- Kussmaul, P. (1995). *Training the Translator*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Lechuga, G. (2007). *Breve introducción al pensamiento de Michel Foucault*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Moya, V. (2000). *La selva de la traducción* (2da ed.) Madrid: Cátedra.
- Munday, J. (2001/2007). *Introducing Translation Studies: Theories and Applications*. Londres: Routledge.
- Pautrat, B. (2004). *El Jesús de Spinoza*. (Traducido por Dávila, J.). Mérida (Venezuela): Ediciones del Centro de Investigaciones en Sistemología Interpretativa, Universidad de Los Andes.
- Payàs, G. (1997). *Ética para traductores*. Recuperado de <http://www.lagerta.com/Material/%C3%89tica%20para%20traductores.pdf>
- Plata, E. (2004). *Al acecho de la postmodernidad: El Caribe cuenta y canta*. Mérida (Venezuela): Ediciones de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes.
- Pym, A. (2010). *Exploring Translation Theories*. Londres y Nueva York: Routledge
- Savater, F. (1995a). *Ética como amor propio*. Barcelona (España): Grijalbo.
- Savater, F. (1995b). *Ética para Amador*. Barcelona (España): Ariel.
- Snell-Hornby, M. (1999). *Estudios de traducción: hacia una perspectiva integradora* (Traducido por Ramírez, A.S.). Salamanca: Ediciones Almar.
- Sperber, D. y Wilson, D. (1994). *La relevancia*. (Traducido por Leonetti, E.). Madrid: Visor.
- Venuti, L. (2008). *The Translator's Invisibility. A History of Translation*. (2a. ed.). Londres: Routledge.
- Vinay, J. y Darbelnet, J. (1958/1977). *Comparative Stylistics of French and English: A Methodology for Translation* (Traducido por Sager, J.C. y Hamel, M.J.). Ámsterdam y Philadelphia: John Benjamins.



ProEventos EIM en acción: de izq. a der., María Claudia Salazar, Randold Millán, Gabriela González y Adrianka Arvelo

Wolochwianski, R. (2008). *Traducción y alienación: las herramientas de traducción automática como última expresión del proceso de industrialización de la labor del traductor. Actas del Congreso Mundial de Traducción Especializada*. La Habana. ISBN: 978-9-291220-40-3.